

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El dragón de mi padre: Mi padre conoce a unos tigres (5/10)

El río era muy ancho y fangoso, y la selva muy sombría y densa. Los árboles crecían muy juntos, y el espacio que había entre ellos estaba ocupado por grandes y altos helechos de hojas pegajosas. Mi padre odiaba abandonar la playa, pero decidió empezar por la orilla del río, donde al menos la selva no era tan espesa. Se comió tres mandarinas, asegurándose esta vez de guardar todas las cáscaras, y se puso las botas de goma.

Mi padre intentó seguir la orilla del río, pero era muy pantanoso y, a medida que avanzaba, el pantano se hacía más profundo. Cuando casi le llegaba a la punta de las botas, se quedó atascado en el fango. Mi padre tiró y tiró, y estuvo a punto de arrancarse las botas, pero al final consiguió llegar a un lugar más seco. Allí la selva era tan espesa que apenas podía ver dónde estaba el río. Desempacó su brújula y calculó la dirección en la que debía caminar para mantenerse cerca del río. Pero no sabía que el río hacía una curva muy pronunciada alejándose de él un poco más allá, por lo que, mientras caminaba en línea recta, se alejaba cada vez más del río.

Era muy difícil caminar por la selva. Las hojas pegajosas de los helechos le agarraban el pelo y tropezaba con raíces y troncos podridos. A veces los árboles estaban tan juntos que no podía pasar entre ellos y tenía que rodearlos.

Empezó a oír susurros, pero no veía animales por ninguna parte. Cuanto más se adentraba en la selva, más seguro estaba de que algo lo seguía, y entonces le pareció oír susurros a ambos lados y detrás de él. Intentó correr, pero tropezó con más raíces, y los ruidos no hicieron más que acercarse. Una o dos veces le pareció oír que algo se reía de él.

Por fin, llegó a un claro y corrió hacia el centro para poder ver cualquier cosa que intentara atacarlo. Se sorprendió mucho cuando, al mirar, vio catorce ojos verdes que salían de la selva y rodeaban el claro... ¡y cuando los ojos verdes se convirtieron en siete tigres! Los tigres caminaron a su alrededor formando un gran círculo, con aspecto de estar hambrientos, y luego se sentaron y empezaron a hablar.



—¡Supongo que pensaste que no sabíamos que estabas invadiendo nuestra selva!

Entonces el siguiente tigre habló:

—¡Supongo que dirás que no sabías que era nuestra jungla!

—¿Sabías que ni un solo explorador ha salido vivo de aquí? —dijo el tercer tigre.

Mi padre pensó en la gata y supo que no era cierto. Pero, por supuesto, tenía demasiado sentido común para decirlo. No se puede contradecir a un tigre hambriento.

Los tigres siguieron hablando por turnos:

—Eres nuestro primer niño, ¿sabes? Tengo curiosidad por saber si eres especialmente tierno.

—Quizás creas que tenemos horarios fijos para comer, pero no.

Comemos cuando tenemos hambre —dijo el quinto tigre.

—Y ahora tenemos mucha hambre. De hecho, no puedo esperar —dijo el sexto.



—¡No puedo esperar! —dijo el séptimo.

Y entonces todos los tigres dijeron juntos en un fuerte rugido:



—¡Comencemos ahora mismo! —y se acercaron.

Mi padre miró a aquellos siete tigres hambrientos y entonces se le ocurrió una idea. Abrió rápidamente su mochila y sacó el chicle. El gato le había dicho que a los tigres les gustaba especialmente el chicle, que era muy escaso en la isla. Así que le tiró un trozo a cada uno, pero sólo gruñeron:

—Con lo que nos gusta el chicle, seguro que tú nos gustas aún más —y se acercaron tanto que pudo sentir su respiración en la cara.

—Pero éste es un chicle muy especial —dijo mi padre—. Si lo sigues mascando el tiempo suficiente se volverá verde, y luego, si lo plantas, crecerá más chicle, y cuanto antes empieces a mascar, antes tendrás más".

Los tigres dijeron:

—¡No me digas! ¡Qué bien! —y como cada uno quería ser el primero en plantar el chicle, todos desarrollaron sus trozos y empezaron a masticar tan fuerte como podían.

De vez en cuando, un tigre miraba en la boca de otro y decía:

—No, aún no está hecho —hasta que finalmente todos estaban tan ocupados mirándose en la boca para asegurarse de que nadie se adelantaba que se olvidaron por completo de mi padre.

